

## MADRID

### Ocio

## Morente, profeta en su casa

ALFREDO GRIMALDOS

Flamenco. El maestro granadino estuvo anoche pletórico de facultades, talento y entrega en su actuación en el Colegio San Juan Evangelista

as cabales de Silverio, uno de los cantes más primitivos que se han conservado, sirvieron a Enrique Morente para unir el pasado y el presente del flamenco en el Colegio San Juan Evangelista. Las hizo de forma genial, imprimiéndoles un ritmo intenso y envolvente, respaldado por la excelente guitarra de Manolito Parrilla y muy solventes palmeros. Fue uno de los platos fuertes de un gran concierto, en el que el maestro granadino estuvo pletórico de facultades, talento y entrega.

Enrique Morente, el flamenco y el San Juan constituyen una enduendada Trinidad desde principios de los años 70. Gracias al cantaor granadino y a otros pioneros de enorme categoría artística, como Juan y Pepe Habichuela o José Menese, entre otros, el cante y el toque encontraron fructífero eco entre los universitarios del final de la dictadura y el principio de la venerada y falseada transición. La inquietud creativa de Morente hizo que muchos estudiantes de aquella época escucháramos por primera vez los versos de García Lorca y Miguel Hernández interpretados con melismática jondura. Han pasado alrededor de 30 años.

Hace sólo un par de días, el cantaor nos decía que el escenario del San Juan es ya historia del flamenco desde hace mucho tiempo. Y de eso no hay duda. A sus 62 años, Enrique volvió a subirse una vez más a tan familiares tablas. E inevitablemente, los recuerdos de muchos conciertos inolvidables disfrutados en ese recinto afloraron para los más veteranos.

Los nuevos colegiales que abarrotaban anoche el remozado salón de actos del centro, inaugurado precisamente con el concierto del cantaor granadino, no tendrán muy claro, por ejemplo, quién fue Carrero Blanco -casi con toda seguridad-, pero el San Juan Evangelista y el cante sufrieron las consecuencias de la voladura, aquel lejano mes de diciembre de 1973, del almirante que ejerció de fontanero mayor de Franco. Coincidiendo con el atentado, Morente tenía programado un concierto en el colegio e incluso llegó a iniciar su actuación, pero sólo tuvo tiempo de hacer un fandango. Con letra muy clásica, eso sí: «No quiero quitarme el sombrero, pá ese coche funeral./ Que la persona que iba dentro/ me ha hecho a mí de pasar/ los más terribles tormentos». Consecuencia: suspensión del recital y multa de 100.000 pesetas. Pedro Calvo y José Manuel Gamboa recuerdan con mucho arte esta anécdota en su historia-guía del Nuevo Flamenco.

Después de tantos años de cante y vida, Enrique no conserva en su garganta todos los tonos intermedios que le han hecho un intérprete irreplicable, pero es más sabio que nunca. En el flamenco quedan cada vez menos cantaores de tan indiscutible calidad y sus conciertos son un regalo para el buen aficionado. Artista arriesgado y rompedor, durante años ha experimentado los proyectos musicales más insólitos, algunos con discutibles resultados, pero esta vez, en homenaje a sus propias raíces, decidió ofrecer un concierto clásico, secundado sólo por guitarra y palmeros.

Arrancó la velada con una ronda colectiva de bulerías y romances. Después vendría un aluvión de cante grande, el que la ocasión requería. Enrique estuvo sobrado en sus personales alegrías, que nunca suenan igual. Cantó con sabor añejo por soleá, hizo tangos, unos tientos que tuvieron el sabor del Morente de siempre, bulerías, tonás... Más de hora y media ininterrumpida de flamenco de verdad.